si tal absurdo realizaban, era lo mismo que entregarse de pies y manos, al aquel día todavía imaginario enemigo.

¿No sabían que dentro de Manila no había víveres, porque todos los habían sacado el día 1 de Mayo, cuando los barcos yankees amenazaron destruir la capital del Archipiélago? ¿No sabían que no había agua, porque los algibes estaban secos?

¿No sabían que fuera de Manila era donde se encontraba todo lo concerniente y necesario á la vida? ¿Que fuera de Manila vivía una inmensa población europea y todo el comercio, al que por obligación tenían que proteger?

¿No comprendían que era imposible abandonar á los que defendían la enseña Patria en las líneas avanzadas? ¿Que en defender esas trincheras estribaba por todos conceptos nuestra única salvación?

Así debieron haberlo comprendido los heróicos artilleros cuando acordaron, aun á riesgo de que los juzgasen como sediciosos, no retirarse de ningún modo ni obedecer tal orden, y al efecto pasaron particular recado á todas las baterías, para que se ajustasen á la conducta que observara la de la «Luneta».

Esto dió lugar á la célebre protesta que tanto llamó la atención en aquellos días. El comandante de Artillería de la plaza, señor Bonet; el teniente coronel, también de Artillería, señor Golobarda, y el de Infantería señor Carzi, sin puesto en las defensas, por rencillas personales este último, se reunieron en la batería y decidieron presentarse al general y protestar, y así lo hicieron, logrando, con su enérgica conducta, evitar que aquella gran vergüenza se consumara.

¡Loor á los valientes y honrados jefes que glorifican así las desdichas patrias.

*
* *

No fue solamente en las baterías de la plaza donde se produjeron actos de protesta por parte de sus defensores al recibir la orden de abandonar las defensas, ni fué tan sólo á las baterías á las que dieron tan escandalosa como vergonzosa orden. Al fuerte de San Antonio Abad llegó también, originando uno de los más bonitos episodios militares que he visto.

Mandaba el fuerte el bizarro primer teniente de Infantería don Emilio González Pola, al que le dieron orden de abandonarlo, retirándose sobre Manila tan pronto la columna del señor coronel Pintos entrase en Manila. El jóven y pundonoroso oficial comprendió en seguida que aquella orden no podía emanar de cabezas bien organizadas; que estaba dada en un momento de terror imperdonable, y que era un deber de conciencia, ya que no militar, desobedecerla aunque le costase la vida; y así lo hizo, con la arrogancia natural de un mártir de la Patria.

No se le ocultaba al comandante del fuerte que el abandono de la línea de Zapote primero, y el de las Piñas después, era el *inri* de las desdichas patrias; no se le ocultaba que el fuerte de San Antonio Abad era la llave de Manila, y que abandonarlo era lo mismo que entregar la plaza al enemigo, que empezaba á asediarnos. Y tanto no se le ocultó, que mandó llamar á los demás oficiales con el objeto

de hacer una protesta, en la que manifestaban su firmísimo propósito de no obedecer orden tan descabellada, aun á costa de la vida.

Cuando discutían el acta, llegó al fuerte el señor general Arizmendi, jefe del sector, y al adelantarse el señor González Pola para darle cuenta de lo ocurrido, le manifestó, con toda ingenuidad, el firme propósito que habían adquirido de no obedecer la orden de abandono. Natural era que el general Arizmendi, por muy agradable que le fuese la conducta del honrado oficial, tratase de disuadirlo haciéndole consideraciones sobre la disciplina, los deberes militares, y, además, el inminente peligro en que se encontraba si los barcos americanos disparaban sobre el fuerte, teoría que profesaban los que mandaban la plaza.

Esta teoría que oí después á distintas personas, me ha causado siempre desprecio tan profundo, que no he podido comprender cómo puede haber ni paisano ni militar que la sustente.

«¿Cómo quieren ustedes que resistiéramos? nos decían algunos, por fortuna los menos. Con una sola granada que caiga en la plaza destruyen Manila.»

¡Valiente modo de discurrir! ¡Buena manera de cumplir los sagrados deberes encomendados á la honra de un entorchado!

Pues qué, ¿nos vamos á dejar robar porque cualquier ladrón nos amenace con un puñal ó una pistola? ¿Para qué empuñábamos un fusil? ¿Para qué éramos soldados? ¿No nos llamábamos españoles?

Aquel fusil, ¿se nos dió para ir á misa, ó para defender el honor de España? ¿No era nuestro deber resistir hasta morir?

¡Ay, señores generales! ¡qué triste y que desconsolador espectáculo dísteis! ¡Parece mentira tal proceder en quien ciñe el fajín español!

A pesar de los consejos del general Arizmendi, el tenien- Pola y sus compañeros estaban dispuestos á cumplir sus

acuerdos, cuando, después de haber abandonado Las Piñas y entrado la columna, recibió contraorden, salvando así la violentísima situación en que se había colocado; *el conflicto entre dos deberes*: el deber de la disciplina y el deber de la honra militar.

Aquella misma tarde fué atacado el fuerte por las salvajes masas. El batallón de Cazadores num. 4, con su valiente teniente coronel Hernández á la cabeza, sostuvieron á pecho descubierto la invasión tagala que amenazaba llegar hasta las murallas de la plaza, y al mismo tiempo que caían sus soldados heridos por el traidor plomo enemigo, por los disparos de aquellos fusiles que se habían confiado á su fementido honor, sus bajas eran prontamente cubiertas por otros de los que, al propio tiempo que hacían certero fuego, construían á toda prisa trincheras donde guarecerse.

¡Gloria para los heroicos defensorss del fuerte de San Antonio Abad!

Mientras esto sucedía, los generales encargados de la defensa de la plaza, encerrados en el palacio del Ayuntamiento, en aquel palacio del cual no salía ni una noticia buena, y menos consoladora; en aquel caserón dentro del cual no se oía hablar más que de rendiciones y banderas blancas, y que desde aquel día llamábamos todos *La Funeraria*, sin tomar ninguna determinación salvadora, abandonaban la honra de España, al honor de sus hijos; el resultado de la lucha, al corazón de sus soldados.

*
* *

Antes de entregar el mando el general Primo de Rivera al infortunado general Agustí, hubo en Manila varias reu-

niones, de autoridades para, vista la próxima é inminente declaración de guerra con los Estados Unidos, cambiar impresiones y contar los elementos de defensa de que disponían.

Existían en Manila seis cañones Ordoñez, de 15 centímetros, que casi puede decirse eran los únicos buenos que teníamos, y que nadie se había tomado el trabajo de ocuparse de emplazar.

Estos cañones pertenecían de hecho y de derecho al Cuerpo de Artillería, y excuso decir los importantes servicios que hubieran podido prestar durante el combate de Cavite, y después, el nefasto día 13, si se dejan en las expertas manos de nuestros honrados y heroicos artilleros. Heroicos, sí, no me canso de decirlo, porque lo mismo que me he propuesto señalar todo lo malo para demandar ejemplar castigo, quiero que se conozca lo bueno para que sea espléndidamente recompensado.

En una de estas reuniones, la Marina pidió para sí cuatro de estos cañones, á fin de transportarlos y emplazarlos en la Isla que cierra la entrada de Subic, llamada «Isla Grande», puerto de refugio, en el cual pensó indudablemente refugiarse nuestra pobre y débil flotilla para ocultar, ruborosa, su insignificancia absoluta.

Esta cesión originó una protesta, aunque no tan enérgica como debió haber sido, de la persona encargada de defender dichas piezas. No se le hizo caso alguno, y se quitó á la plaza ese valioso factor de defensa que, por más que fuera pequeño tratándose de una plaza como la que defendíamos,, era, al fin y al cabo, lo único bueno que teníamos. Se dieron las piezas á la Marina sin tener en cuenta que ya no había tiempo de emplazarlas, y que mandarlas así, sin más ni más, equivalía á entregarlas al enemigo.

¡Qué cabezas!

La Marina se apoderó pues de los cuatro Ordóñez y los llevó á Subic; como faltó tiempo para hacer el emplazamiento, no sólo permanente, como en realidad debía ser, dado el efecto útil que de dicha batería pensaba obtenerse, sino ni siquiera sempiternamente, sucedió lo que era lógique ocuriera, es decir que llegó el día 30 de Abril, fecha en que la escuadra enemiga entró en la bahía de Subic, y dichas piezas estaban sin montar, y la batería sin construir, por lo cual el teniente de Artillería señor Maldonado tuvo que inutilizarlas arrojando los *cierres* al agua, con lo cual ni se utilizaron en Subic ni en Manila, evitando que hubieran podido jugar un bonito papel en la plaza, como lo jugaron los dos que quedaron en poder de la Artillería, y que fueron emplazadas en Punta Sangley (Cavite), en cuya batería, el día 1 de Mayo, se cubrió de gloria el que ya debía ser *laureado* teniente Valera, aquel heroico oficial que con sus dos cañones, sostuvo todo el día el fuego de toda la escuadra americana; el mismo que, un día antes de nuestro histórico 2 de Mayo, ganó honra para su nombre, laurel para la historia de su Cuerpo, y al que la nube de plomo de los cañones de tiro rápido de la escua- yankee, que caían sin cesar sobre aquella pobre batería, que con pasmosa regularidad contestaba serena al enemigo fuego, ha colocado entre los héroes del honroso Cuerpo. Sí, á la altura de Daoiz y de Velarde.

No conozco ni de vista al señor Valera; pero presencié con singular orgullo el desigual combate, y pude apreciar todos los rasgos de heroismo que sin cesar se sucedían.

Pues bien; á este oficial, según tengo entendido, no se le ha recompensado aún; y ni siquiera sus pagas, el sustento de su familia, lo que ganó en los cuatro meses que estuvo más tarde prisionero, se le han abonado.

El día 31 de Abril por la noche se supo en Manila que la enemiga escuadra había entrado en Subic, y casi al mismo tiempo nuestra flotilla fondeaba en Cavite de regreso de aquel puerto, donde, sin duda, fué en la creencia de que «Isla Grande» estaba artillada, pues yo nunca he creido *lo de ir á tomar posiciones y esperar enemigo*, que se atribuye al general Montojo.

Por la plaza se ordenó que se guarneciesen en el acto las baterías, quedando en ellas la tercera parte de su dotación. A eso de la una de la madrugada del día 1, un vigilante de una de las baterías dió la voz de alarma por haber oído dos cañonazos hacia Corregidor; y dada cuenta á la Capitanía general, se recibió orden para que cada cual permaneciese en su puesto.

A los primeros albores de aquel día, que despertó nebuloso y sombrío, se vió la escuadra enemiga recogida hacia las playas de Bataan, cual buitre que acecha su inocente presa. Como quien anda por terreno conocido y sabe que ningún obstáculo ha de interponerse á su marcha, la flota americana se dirigió orgullosa á Cavite, ondeando el pabellón que mi buen amigo Canmpano dió más tarde en llamar en el *The Kon Leche, tela de colchón.*

A menos de 6.000 metros pasaron los barcos americanos de nuestras baterías, y por más que se pedía y volvía á pedir la orden de hacer fuego, ésta no llegaba, perdiéndose un tiempo precioso, hasta que el señor coronel Peña, comandante de Artillería de la plaza, indignado, dió *por sí mismo y bajo su responsabilidad*, fuego á una pieza de 24 centímetros que estaba emplazada en la batería de San Pedro, que mandaba el teniente Rovira, siendo aquél el primer saludo que de la plaza recibieron los yankees.

Ya no esperaron más los valientes artilleros; todas las baterías siguieron el ejemplo de la de San Pedro, y el estampido del cañón hizo comprender al enemigo que allí había pechos españoles dispuestos á defender, hasta morir, sus glorias, la enseña adorada, por encima de todas las consideraciones, y hasta contraviniendo cuantas órdenes en contrario dieran los ineptos responsables de la amurallada ciudad.

Eran tan certeros los disparos de nuestros artilleros, á pesar de que tiraban con cañones que eran del tiempo de don Simón de Anda, que la escuadra se puso á escape fuera del alcance de los mismos, probando así que no buscaban más que fáciles y positivos triunfos; que no eran soldados que con exposición de sus vidas adquirían gloria para su patria, sino miserables mercaderes que con infames bajezas y notoria cobardía, iban á conquistar territorios donde extender su vil comercio, como el ladrón que, oculto en las sombras de la noche, acecha el momento de asestar la puñalada para recojer el fruto de su crimen.

*
* *

¿Qué responsabilidad no debe exigirse á esos generales que así faltaban á sus deberes? ¿Qué castigo merecen por su descuido ó ineptitud? ¿Por qué no se dió, desde el primer momento que fué pedida, la orden de hacer fuego?

¿Fué que pretendían que el enemigo nos perdonase la vida?

¡Vergüenza, vergüenza y baldón eterno sobre ellos!

Es indispensable borrarlos del cuadro del generalato español, para que no manchen con sus impurezas los honrados entorchados que, con singular orgullo del Ejército y del pueblo, ostentar pueden, por fortuna, la inmensa mayoría. Es necesario hacer un ejemplar castigo si no se quiere que el pueblo, este pueblo que tantos de sus hijos ha dado para defender la honra de España, y cuya preciosa sangre se ha vertido, más que por el plomo enemigo, por la ineptitud de los que nos dirigían, se tome por su

mano la justicia, esa justicia que, emanada de él, llegará con los caracteres de horrenda tempestad hasta la cabeza de los culpables.

Es preciso evitar á nuestra Patria los horrores de una *Comune* tanto más cercana, cuanto más lejana vea la justicia que se le debe y que claman, ora de los pantanos, ya desde las maniguas, otros desde los cementerios, millares de cadáveres de sus hijos abandonados en remotos climas; multitud de víctimas, muertos por la falta de alimentos ó mala calidad de los mismos, que les producía la horrible anemia, que privaba á España de un brazo robusto para empuñar un fusil y á una madre del cariñoso hijo, sostén de su vejez.

Decía en mi último artículo que el coronel de Artillería señor Peña fué el primero que, *por sí mismo* y sin orden alguna, disparó el primer cañonazo sobre la escuadra yankee. A las tres de la tarde, el pundonoroso jefe salía del palacio de Santa Potenciana de conferenciar con los generales, y metiéndose en el portal de enfrente, se disparó un tiro en la sien derecha, que le dejó muerto en el acto.

¿Qué pasó entre el valiente jefe y aquellos generales para que el primero tomara resolución tan grave? ¿Qué sucedió que obligó al honrado jefe, á dejar sus pobres hijos sin padre? Nadie lo sabe, ni se ha podido averiguar nunca; pero que la muerte del desdichado coronel debe pesar, como losa de plomo, sobre la conciencia de los generales, es indudable, si conciencia tienen. Se dijo que el coronel tenía algo perturbadas sus facultades mentales, pero á nadie se le ocultó que lo que tuvo fué honor inmaculado, vergüenza horrible de tanta ineptitud.

La escandalosa orden que se dió á nuestras baterías el día 11 de Agosto, es, sin duda alguna, otro de los cargos más horrendos que se pueden hacer á aquellos generales,

y por la que se les debe exigir estrecha responsabilidad, y aplicarles castigo ejemplar.

No hacer fuego sobre el enemigo aunque éste lo hiciera sobre ellos, y prohibir á una batería que defendiera la que al lado tenía, es la orden más absurda, más inmoral, dentro de las Ordenanzas; más inícua y más vil que puede emanar de un jefe supremo. Tal vez sea la única de esta índole que se ha dado desde Pelayo hasta nuestros días.

Y que se dió es indiscutible: apelo al honrado testimonio del cuerpo de Artillería, que sé que por nada ni por nadie ha de faltar á la verdad.

Esta sola orden, por lo que en sí representa, por su alcance, por sus mismas consecuencias, ¿no es más que suficiente para arrancar los entorchados de quien la comunicó? ¿Es posible que haya disculpa alguna para un general español que da orden tan vil?

El capitán de Artillería señor Osuna, que mandaba la batería de la Punta del Malecón, compuesta de dos cañones de 12 centímetros y unos cuantos morteros y piezas de tiempo inmemorial, observó un día que el cañonero *Leyte*, abanderado ya con las estrellas de la Unión Americana, hacía trabajos de sondeo á la entrada del río y á menos de 300 metros de su pobre batería. Mandó inmediatamente aviso á la plaza, solicitando permiso para hacer fuego, y no se le concedió; el valiente oficial conserva en su poder un volante del comandante de Artillería de la plaza, en el que, poco más ó menos, le decía lo siguiente:

«Amigo Osuna: Estoy avergonzado; no puedo darle la orden que me pide, porque me lo prohiben los de arriba.»

Y hay más todavía: yo he presenciado, he visto al capitán Osuna indignado, con lágrimas en sus ojos, porque tampoco le permitían hacer fuego sobre las trincheras tagalas; recuerdo que fuí á verle ese día, y me dijo:—«Venga usted, amigo mío, mire usted con mi anteojo las trincheras que construyen los indios; vea usted qué bien apuntados tengo mis cañones: los haría trizas, pero no me de-

jan.» Y loco, desesperado, pateaba el suelo con justísima rabia.

Otro ejemplo presento en el caso del dignísimo capitán señor Terraza, que le costó cuarenta y ocho horas de arresto en la fuerza de Santiago el haber disparado sobre los yankees, para evitar que éstos siguieran construyendo una trinchera frente al fuerte de San Antonio Abad.

Estos son hechos concretos que nadie puede poner en duda; vergüenzas horribles de la guerra que son necesario castigar, con firme mano, con rectitud implacable, si es que se quiere llegar á la regeneracióu de lo más grande que tenemos bajo la española bandera: de ese conjunto de hijos honrados de la Patria, que llamamos *ejército.*

Y á lo que dirijo todos mis esfuerzos, lo mismo que mi distinguido compañero señor Pérez Fernández, no con mejor ejecución como bondadosa é inmerecidamente me dice en su carta, que tanto le he agradecido, sino con la buena voluntad y necesaria energía, de quien, como el simpático compañero profesa, por principios, la honradez, la virtud, el honor y las glorias Patrias.

Termino mi trabajo de hoy dando mis más expresivas gracias al dignísimo coronel Pintos por la aclaración que hace como consecuencia lógica de mi anterior artículo, porque su contestación tan categórica como franca, corrobora mis asertos, y prueba, hasta la evidencia, que la responsabilidad está en los generales que, en mal hora, dirigían las defensas de la plaza.

Y hago saber al señor teniente coronel Pintos, que no me era desconocida la heróica muerte de su dignísimo hermano, y que, si no la he hecho aún pública, como haré todos los rasgos de heroísmo que conozco, es porque no ha llegado su turno á la provincia de Cavite, donde el pundonoroso oficial prestaba sus valiosos servicios.

En mi primer artículo sobre los escándalos filipinos, dije que, el oficial de Administración militar señor Dalias, había sido sumariado por haber perdido una cartera en la que llevaba valores sobre España. Dicho oficial me hizo el honor de visitarme para mostrarme los telegramas que había puesto, á fin de procurar por cuantos medios estuviesen á su alcance, esclarecer los hechos y hacer resplandecer la verdad, para que su honra no padeciese.

—

He aquí los citados telegramas:

Ernesto Bonafé, oficial Artillería, repatriado, vapor *Satrústegui:*

Cartagena.

Como caballero y particularmente suplícole encarecidamente me conteste telegráficamente, si es cierto fuí sumariado en Manila por señor coronel Rosales y usted como secretario, cosa que ignoro y me interesa mucho constar no ser cierto, prefiriendo conducto extraoficial para abreviar tiempo y gastos.—DALIAS.

Dalias, oficial Administración Militar.—Madrid.

Cartagena 5 (8,10 m.)

Contestación telegrama, particularmente no sumaria, diligencias previas para averiguaciones.—BONAFÉ.

*
* *

Yo no me he propuesto entrar en discusiones con nadie sobre los hechos concretos que señalo en mis artículos como observador que fuí y fiel cronista que soy de lo que

pude presenciar en Filipinas, y que causaron en mí la natural indignación, como en todo pecho que se tildaba de español. Pero me hace desde las columnas de *El Correo Español* tal serie de preguntas el notable escritor que firma *Don Ramiro*, que, por una sola vez, y por tratarse de persona tan competente como autorizada, voy á permitirme hacer todo lo posible por contestarlas á su entera satisfacción.

Es verdad que los generales salen de los jefes, los jefes de los oficiales, y éstos de las Academias ó de las filas; pero no me negará *Don Ramiro* que muchos de los que llegan á jefe salen de los buenos oficiales; y aquí precisamente radica el mal, pues imperando como impera el favoritismo, claro es que no llegan á los altos puestos de la milicia, por lo regular, más que aquellos que ya tienen el generalato como un timbre heráldico en sus familias. Sucede también, con honrosas excepciones, que desde que se ciñe el fajín, ya se cree en España el que lo lleva que es un sabio; se desliga casi por completo del estudio, no se ocupa de conocer los modernos adelantos en el arte militar, las tácticas del día, los nuevos sistemas de fortificaciones y prácticas de campaña, y lógico es suponer que en estas condiciones se hace difícil adquirir la victoria para un ejército, por numeroso que éste sea y por muy heróicos que sean sus soldados.

No es la historia de siempre, la eterna canción de los vencidos de aquí y de todas partes. Don Ramiro no debe haber presenciado los desastres cuando así escribe; si hubiera estado en ellos, como he estado yo, fácil le habría sido comprender que se pudo hacer mucho más con mejor dirección, con mayor aptitud, y si no vencedores, pudimos, sí, haber sido vencidos con honra. Hace mal, á mi juicio, el ilustre escritor en querer echar toda la responsabilidad únicamente al Gobierno. La Nación paga crecidos sueldos á nuestros generales para que generales sean, para que conduzcan á sus hijos á la victoria, ó á la honrosa derrota; no

para que los conduzcan á sufrir las vergüenzas de la capitulación, por todos conceptos deshonrosa, de Manila; ni para que entreguen una plaza fuerte como aquélla á los primeros amagos de dudoso bombardeo. El Gobierno manda sus generales á las colonias, los paga para que sostengan la integridad del territorio, ¿puede ser responsable de si resultan ineptos? ¿Puede ser responsable de que falten á sus deberes? Me parece que no.

Yo tampoco creo haber dado en el clavo, como tantos otros que, en Asambleas y Cámaras, piensan regenerarnos, ni tengo esta pretensión. Al contrario, estoy convencido de que en el clavo no se puede dar, y de que á la regeneración, por lo menos en estos tiempos, no se puede llegar. ¿Meterme yo á regenerador? Pues no tendría poco trabajo.

Aspiro, sí, á que mi Patria se regenere, á que haya moralidad, y por eso, en cumplimiento de mi deber como español, señalo los vicios que conozco, los defectos que he notado, las inmoralidades que he observado, para que, quien pueda y deba, subsane los unos, corrija los otros y castigue los últimos.

¡Ah, *D Ramiro!*: ¡Si todos hicieran lo que yo! ¡Si todos se impusieran el mismo sacrificio!

¡Cuántas cosas no se sabrían! Ahí tiene usted el único camino para llegar á la regeneración. Pero aquí nadie lo sigue; todo se reduce á criticar, como si fuéramos mujeres, en los cafés y en los casinos, y por las calles, y hasta en los tranvías, la conducta de Fulano y de Mengano, y cuando llega el caso... ¡nada entre dos platos!

¿Quiere *Don Ramiro* que le diga por qué esos generales, jefes, oficiales y soldados que recibían órdenes para desalojar posiciones que tanto les convenía y tan fácil les era defender, no las desobedecían?

Pues por una razón muy sencilla: porque en medio de nuestros grandes desastres, de nuestros infortunios sin cuento y de nuestras innumerables vergüenzas, hemos

conservado incólume lo que para el soldado es santa religión, creencia ciega, virtud inmaculada: *la disciplina*.

Yo no sé por qué se perdió Cuba: no estaba allí en los últimos tiempos, y no me gusta juzgar lo que no conozco más que de oídas. Me gusta formar mis juicios, sobre todo cuando los doy al público, con perfecto conocimiento de causa, y hacer de ellos, antes de emitirlos, el estudio necesario. Pero en cambio he dicho por qué se perdió Manila, de una manera clara y terminante, y no con relatos de hechos aislados que nada significan, sino con raciocinios y deducciones tan lógicas, que me pareció (y siento haberme equivocado) haberlo puesto al alcance hasta de los que menos conocimientos tuvieran en operaciones militares y defensa de plazas sitiadas y asediadas.

¿Que por qué se perdieron las escuadras? Porque no debieron haber ido nunca á combatir.

La de Cavite, porque sabiéndose, como nadie ignoraba, que la americana era muy superior por todos conceptos, debió haberse diseminado, como propusieron algunos de los comandantes de aquellos barcos de cartón-piedra, y encerrádose un barco en un puerto, otro en el de más allá, éste en Carolina, y aquél en Mindanao. De este modo se hubiera evitado la indudable é indiscutible destrucción de la escuadra, y la infinidad de víctimas inútiles y estériles que tuvimos. ¿Qué importaba la crítica del momento, si luego tenía que resplandecer el sol de la verdad?

Y la de Cuba se perdió porque nunca debió ir á las Antillas, y mucho menos á la bahía de Santiago. ¿En qué cabeza humana medianamente organizada, cabe el mandar cuatro barcos, sin cañones, sin municiones y sin combustible, nada menos que á Santiago de Cuba, donde era esperada por los mejores acorazados americanos? ¿Por qué no fué á Filipinas, donde indudablemente hubiera obtenido en igual combate, certero triunfo? ¿Para qué fué á Cuba? ¿Qué iba á hacer allí?

No se me oculta que en el fondo existan algunos defectos de organización y algo de desequilibrio, en la forma que nuestro Ejército está constituído. Pero que hayamos perdido la campaña por consecuencia de estos defectos, lo niego rotundamente. La hemos perdido porque no hemos tenido, allá y acá, cabezas para dirigirnos, corazones para llevarnos á la victoria, y hombres honrados para administrarnos.

No es España una nación *llevada del diablo, Don Ramiro*; pero sí lo es *dejada de la mano de Dios*.

Y como no estando en poder del diablo ni en el de Dios, ha de estar llevada en poder de álguien, voy á permitirme decirle cuál es esa situación intermedia:

España ha estado llevada por bandoleros, *Don Ramiro*.

Esta sí que es una verdad de *Pero Grullo*.

* * *

Tiene muchísima gracia lo que me está pasando; tanta, que en mi vida he visto cosa igual.

Porque he contado unas cuantas cosas de las que por todas partes se decían, y que yo creo tan ciertas como que hay Dios en los cielos, me salieron desafíos sin cuento, los que acepté, haciendo las salvedades necesarias, porque jamás he vuelto la espalda al peligro. Bien lo saben cuantos conocen mi historia militar.

En este terreno me encontraron; y si la cosa no pasó de puras fórmulas, bien sabe Dios que no fué por culpa mía.

Más tarde, por supuestas injurias y calumnias, y digo supuestas, porque nada más lejos de mi ánimo que injuriar y menos calumniar á nadie, me llevaron á los Tribunales de justicia, como si se tratara de una querella vulgar; y aunque en este terreno pude escurrir el bulto, usando de los términos tan corrientes en la prensa para estos casos, preferí—por parecerme más digno—dar mi cara; y lo mismo que en el terreno del honor presenté mi pecho para que me lo atravesaran de un balazo ó de una estocada, en el de la justicia he presentado mi cuerpo para que hagan de él todo cuanto quieran.

Y aquí entra lo gracioso. Al ver las personas que por mí se juzgan ofendidas, ó las que temiendo están que pueda sacarles algo á relucir, que, á pesar de haberme llevado á todos los terrenos, yo sigo firme en mi propósito, *dale que te dale*, han adoptado ahora el sistema de los anónimos: anteayer recibí uno, y hoy otro, que poco más ó menos decían lo siguiente; «Ya sabemos quién es usted y se lo voy á decir por si no lo sabe (¡decirme es!) Usted es un pillo, que cuando era estudiante hizo en Madrid la mar de deudas en sastrerías, cafés, cocheros y fondas. A usted lo echaron de la Academia General Militar por su mala conducta, y luego en Cuba fué capitán de guerrillas que es sinónimo de capitán de bandidos; hace dos ó tres años volvió á Madrid, sin tener camisa que ponerse, y todo esto le viene á usted de herencia porque su padre era esto, su abuelo lo otro, y su tatarabuelo lo de más allá, (¡pobres antepasados míos!), y si usted no suspende la campaña que ha emprendido contra el general Tejeiro y otros señores, hoy mismo voy á mandar tirar tres ó cuatro mil ejemplares de su historia para que el público sepa quien es usted».

Bueno, mi querido biógrafo; á pesar de todo esto que se digna decirme bajo grotesco seudónimo, yo seguiré llamando pillo al pillo, y al honrado honrado; y para ahorrarle á usted los gastos de la impresión de esos tres ó cuatro

mil ejemplares, ya ve usted si soy generoso que se la hago pública en *El Nacional* que tira 20.000. No puedo hacer otra cosa en su obsequio.

Y para dejar á usted completamente satisfecho y no ocuparme más de asunto *tan importante*, diré que yo, efectivamente, cuando tenía 16 años y era estudiante, hice algunas deudas en casa de personas que me conocían perfecta y personalmente, y que por esto me permitieron hacerlas, pues usted comprenderá que á un desconocido no se le fía; deudas que al conocer algunas de ellas mi señor padre, cuya inmaculada honradez es reconocida por cuantos conocen su nombre, pagó en el acto; me gustaba divertirme mucho, ir á los bailes, á los Viveros, estar de *juerga*, y gastar como un marqués. ¡Tenía 16 años, y á mis padres muy lejos de Madrid para que velasen por mí!

De la Academia General no fuí echado, mi simpático señor: me fuí yo mismo, porque llevando el número uno en mi clase, á causa de un disgusto personal que tuve con un profesor, que recuerdo llamábamos Pilatos, éste me suspendió, y natural era que, siendo el primero de mi clase, pidiera mi licencia absoluta al sufrir tal decepción. En los archivos del ministerio de la Guerra están mis antecedentes.

Y por último, me voy á permitir significarle que creo natural, por justa reciprocidad, el que trate usted de ofenderme (por más que estas cosas á mí no me preocupan), y que diga de mí todo cuanto le plazca, en obscuro anónimo. Pero suplícole que no ofenda así á los honrados voluntarios de Cuba, á esos dignísimos patriotas que sacrificaban vidas y haciendas por la Patria, y que con las armas en la mano y á pecho descubierto, defendían la integridad del territorio, mientras que usted, á quien ni conozco, ni quiero conocer, por más que supongo la clase de persona que será, con bajas intrigas tramaba tal vez á aquellas mismas horas algún complot, para que le dieran elevado ó lucrativo puesto donde poder llenar sus vacías arcas.

Termino dándole un millón de gracias por el honroso concepto que, sin querer, sin duda, de mi modesta personalidad forma en su anómimo. No tengo, efectivamente, camisa que ponerme; después de haber estado diez años en Cuba y uno en Filipinas, siempre con buenos destinos, vuelvo á España repatriado á vivir de mi pobre trabajo. Lo confieso con singular orgullo.

En corroboración de todo cuanto yo he dicho sobre la ineptitud de los generales que teníamos en Manila, voy á permitirme publicar una carta que un heróico teniente de Artillería, cuyo laureado nombre honra al brillante Cuerpo, dirigió á un amigo suyo, y que por casualidad ha llegado á mi poder.

Dice así el interesante documento:

«Mi querido amigo: Hace unos días tan sólo que he recibido su carta, fecha 24 de Julio en Madrid, que me entregó el señor Caro poco después de lograr mi fuga á Manila desde Cavite, donde me encontraba en poder de los insurrectos desde 1 de Junio. Con sólo esta noticia ya puede usted figurarse si habré pasado y si tendré que contarle. Pero antes quiero contestar á su cariñosa carta, que la he agradecido muchísimo. Mil y mil gracias le doy por sus enhorabuenas y elogíos, pues sé que son de corazón; allí no hice más que cumplir con mi deber, dado lo terrible y crítico de la circunstancias. ¡Qué situación tan espantosa! Todo cuanto haya usted leído en cartas y en la prensa de aquí, es cierto; todo lo que se refiere á la batería, menos lo de las bajas, pues afortunadamente no tuve ninguna; fué un verdadero milagro y providencial, todo ello obra de Dios y de la magnífica disposición interior de la batería, que me permitía estar constantemente encima de la gente, chillándoles para que nadie se expusiera inútilmente, consiguiendo, muy en mis ideas, cumplimentar lo que dispo-

nen los Reglamentos, y con las medidas de previsión que tomé, obtener con menos pérdidas mayores ventajas sobre el enemigo (art. 15 del Reglamento).

»Aquí, en Manila, supe que el señor Romero Robledo, á quien ni de vista tengo el gusto de conocer, tuvo la bondad de ocuparse de mi pobre persona; que *Blanco y Negro* publicó mi retrato, y que en la casa de los señores generales Primo de Rivera, Azcárraga y Suero se ha hablado de mí; por más que estas noticias son demasiado agradables para mí, por lo poco que hice, las agradezco muchísimo y de todo corazón, tanto más cuanto que después de lo que sabe usted de mí de antes de 1 de Mayo, el honor de que se ocuparan de mí es la *única* recompensa con que hasta ahora he sido agraciado, á más de los *cuatro* meses y *once* días que he estado prisionero.

»Según usted me dice, ahí se pensó en lo mal recompensado que salí la pasada campaña; pero que esta vez se me recompensaría por *entonces* y por *ahora*. Aquí también, en la borrachera de entusiasmo que en todas partes produjo la defensa de la batería, se pensó darme *el oro y el moro*, y ya verá usted en que ha quedado todo hasta ahora, y quedará lo mismo, pues yo no tengo ni remota esperanza de que me den nada. Voy á contarle á usted todo lo ocurrido, pues ahora, á medida que van llegando á Manila testigos presenciales, se va sabiendo todo y esclareciendo hechos.

»Terminado el combate del día 1 de Mayo, y destruída la escuadra; atacada por segunda vez en aquel día la batería, único elemento de guerra que luchaba con la escuadra americana, rendido el arsenal, y sin saber nada de la plaza, el día 2, y, por consecuencia de esto, la plaza, ya que no rendirse, hubo necesidad de evacuarla, como así se hizo, distribuyéndose la tropa al interior para asegurar la costa é impedir un desembarco, estableciéndose el Gobierno en San Francisco de Malabón. A pesar de no pedirlo yo, el día 11 de Mayo, el general Peña mandó instruir expediente para concederme la cruz de San Fernando, habiendo

declarado en él el citado general y los señores Lario y Tapia.»

(Conclusión de la carta del teniente de Artillería)

«Debo decir á usted que yo no pedí la cruz de San Fernando, sino que el mismo día del combate la pidió para mí el general García Peña, muy á gusto de Augustí y de todos.

»Se cometió el error de creer que el país respondería á nuestro favor, aunque los de abajo lo creíamos muy dudoso; se *armaron* las milicias, y de pronto (el 19 de Mayo) llegó Aguinaldo, y todo varió. Al ver tan mal parado el asunto, se pensó en lo *único que ya podía hacerse*, que era la *concentración* de todas las fuerzas de Cavite sobre los límites de la provincia de Manila. A tiempo pudo hacerse, pero al general Peña se le *prohibió por dos veces*. En previsión, yo fuí destinado á Imus (camino ya del Zapote), llevando cuatro piezas que, á brazo y con gran trabajo, pude salvar de Cavite. De pronto, se levanta toda la provincia en masa con nuestras mismas armas y con muchísimas más que los americanos desembarcaron por diferentes puntos de la costa; cada pueblo atacó á su poco numeroso destacamento con cien veces más fuerza. Nos cortaron desde el primer momento la retirada á Manila, y en pocos días fueron sitiados, envueltos, copados, rendidos, todos los pueblos, todos los destacamentos.

»Sin esperanza de socorros de Manila, todos se defendieron como pudieron, y unos en días, otros en horas, según los víveres, agua y municiones que tenían, cayeron en poder de los tagalos con fusiles, cañones y planos, bajo la dirección de los americanos, ¡canallas mil veces! y por si faltara algo, con el apoyo de su escuadra. Imus fué atacado y cercado el convento el día 28, sin víveres de ningún género y agotadas las municiones; rechazada por dos veces la rendición en espera de auxilio de Manila, hubo necesidad de entregarse el día 1 de Junio, á las cinco de la tarde, después de haber inutilizado mis piezas; fuímos brutalmente tratados, pues no nos concedieron nada de lo ofrecido, sino al contrario, tan pronto se vieron dentro del convento, nos echaron de allí poco menos que á patadas, llevándonos á Cavite, donde estuvimos hasta el 20 de Junio, que nos llevaron á Santa Cruz de Malabón y otros puntos. Sufrimos lo que no es posible contar: bajezas, humillaciones, malos tratos; nos tenían á ración de morisqueta negra, primero con una onza de carne, después á un pollito y tres panecillos para cada *cinco* personas y, por último, al mes de estar prisioneros, sin ración de ningún género, viviendo con el poco dinero que cada cual tenía y que habíamos escondido para que no nos lo robaran, y á todo esto con la vida pendiente de un hilo, y con tanta menos seguridad y tranquilidad cuanto más lejos se estaba de Cavite, foco de la insurrección y centro de Aguinaldo y los yankees.

»Imposible contarlo todo: la tropa muriéndose de hambre y trabajando á manos de los indios, para mal comer un pedazo de morisqueta, y los oficiales barriéndose el calabozo, guisándose y lavándose la ropa. Cuanto se diga es poco, y era la situación tan horrorosa, que no es posible describirla. Al rendirse Manila, mi pobre mujer, con ese valor que Dios la ha dado, se vino á mi lado sola desde Manila. Conseguimos que me llevaran al hospital de San Juan de Dios, y ¡ah! ¡qué horrores, qué cuadro de iniquidades é infamias! En manos de los indios, y á la vista de los americanos, que son más salvajes que los otros; no hay